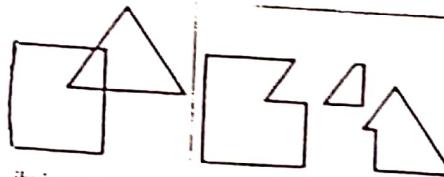


**Fig. 3.14.** Rotsnake de Akiyoshi Kitaoka. Es un ejemplo de ilusión del movimiento.



1-5

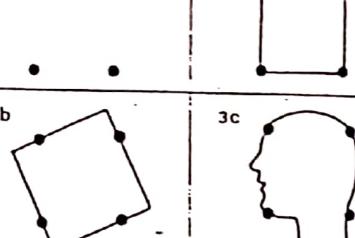


ibujo n.º 1.

2

3

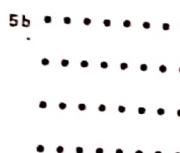
3a



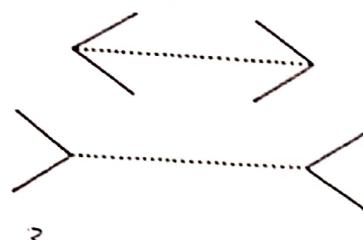
3b



5a



6



3

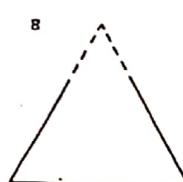
4

7

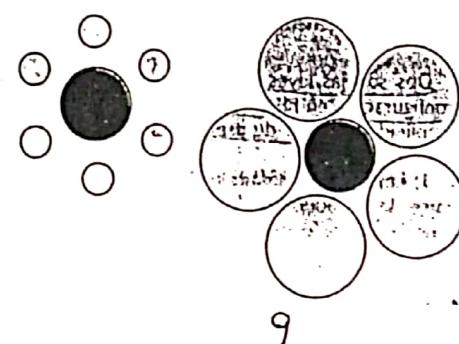
7a

7b

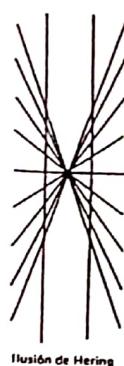
7



8



9



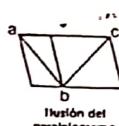
Ilusión de Hering



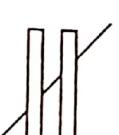
Ilusión de Ehrenstein



Ilusión de Müller-Lyer



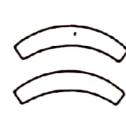
Ilusión del paralelogramo



Ilusión de Poggendorff



Ilusión de Titchener



Ilusión de Jastrow



Ilusión de Zöllner



¿Una joven o una anciana?

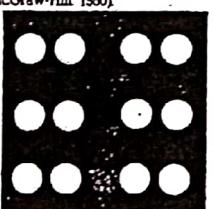
10

## 2. Leyes de agrupación de los estímulos

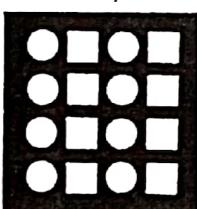
¿Por qué se impone una figura como «buena figura» sobre otras configuraciones posibles? Veámos los siguientes ejemplos (tomados de L. Davidoff, *Introducción a la psicología*, México, McGraw-Hill, 1980).



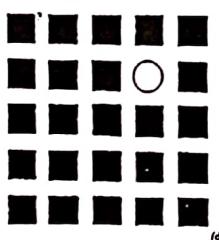
(a) ¿Por qué vemos los puntos formando un arco?



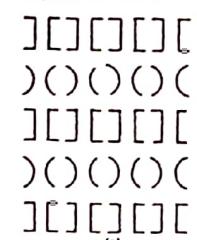
(b) ¿Por qué vemos dos grupos y no doce puntos?



(c) ¿Por qué vemos columnas verticales y no líneas horizontales?



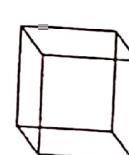
(d) ¿Por qué el punto (o el cuadrado) se constituyen en líneas y el resto en cuadros?



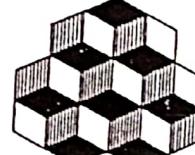
(e) ¿Por qué tendemos a agrupar en bloques de (cuadrados y círculos)?

otro: Psicología Madrid. Rockwell

10



Cubo de Necker.  
Si se fija la cara larga,  
la figura puede  
cambiar de orientación.



¿Cuáles cubos hay?

12 + 1

El silencio y la oscuridad que, según dicen, me encierran dentro de mí abren mi puerta, de una manera mucho más hospitalaria, a una infinidad de sensaciones que me distraen, me informan, y me divierten. Con mis tres guías fieles, el tacto, el olfato y el gusto, hago muchas excursiones a esa región limítrofe de la experiencia que se encuentra a las puertas de la ciudad de la luz.

La Naturaleza se ajusta a las necesidades de cada individuo. Si los ojos están dañados y no pueden ver la belleza de la faz del día, el tacto se vuelve cada vez más agudo y es capaz de distinguir mejor. La Naturaleza, mediante la práctica, procede a fortalecer e intensificar los demás sentidos. Por esta razón, los ciegos a menudo oyen con más facilidad y mayor precisión que otras personas. El sentido del olfato viene a ser casi una facultad nueva que les permite penetrar en la maraña imprecisa de las cosas. Así, conforme a una ley inmutable, los sentidos se ayudan y se refuerzan entre sí.

[...] Por alguna razón inexplicable, el sentido del olfato no goza del alto rango que merece entre sus hermanos. Tiene algo de ángel caído. Cuando nos atrae con los perfumes del bosque y nos cautiva con la fragancia de un hermoso jardín, lo dejamos entrar en nuestras conversaciones sin problemas. Pero cuando nos avisa de algo cercano que huele mal, lo tratamos como si fuera un demonio en lugar de un ángel.

[...] Dudo que haya alguna sensación provocada por la vista que sea más deliciosa que la de los aromas que se filtran a través de las ramas templadas por el sol y movidas por él viento, o de la marea de perfumes que crece, decrece y se alza otra vez, ola tras ola, llenando el ancho mundo de invisible dulzura. Una ráfaga del universo nos hace soñar con mundos que nunca vimos, nos recuerda en un instante épocas enteras de nuestra experiencia más preciada. No puedo aspirar el aroma de las margaritas sin revivir las mañanas maravillosas en que paseaba con mi maestra por los prados mientras aprendía palabras nuevas y los nombres de las cosas. El olfato es un mago poderoso que nos transporta a miles y miles de kilómetros y a cualquiera de los años que hemos vivido.

[...] Los poetas nos han enseñado cuán llena está la noche de maravillas. La noche de los ciegos también tiene sus maravillas. La única oscuridad sin luz es la noche de la ignorancia y de la insensibilidad. Nos diferenciamos unos de otros, los ciegos y los que ven, no por nuestros sentidos, sino por el uso que de ellos hacemos, por la imaginación y la valentía con que buscamos la sabiduría independientemente de nuestros sentidos.

Es más difícil enseñar a un ignorante a pensar que enseñar a un ciego inteligente a ver la grandiosidad del Niágara. He paseado con personas cuyos ojos están llenos de luz, pero que no ven nada ni en el bosque ni en el mar ni en el cielo, nada en las calles de la ciudad y nada en los libros. ¡Qué farsa más tonta es esta vista! Mejor sería navegar para siempre en la noche de la ceguera con sensibilidad, sentimiento y juicio que contentarse con el mero acto de ver. Ellos tienen los crepúsculos, el cielo de la aurora, el color púrpura de las distintas colinas, y sin embargo sus almas viajan por este mundo encantado con una mirada estéril.

La desgracia de los ciegos es inmensa e irreparable. Pero no nos priva de compartir las cosas que más importan: la solidaridad, la amistad, el humor, la imaginación, la sabiduría. Es nuestra secreta voluntad interior la que gobierna nuestro destino. Somos capaces de querer ser buenos, de amar y ser amados, de creer siempre que podemos ser más sabios. Posseemos las mismas fuerzas espirituales innatas que todos los hijos de Dios.

Un soberbio ejemplo del conocimiento imaginativo es la unidad a partir de la cual los filósofos empiezan a estudiar el mundo. Nunca pueden percibirlo en su entera realidad. No obstante, su imaginación, con su magnífica aceptación del error y su capacidad para considerar desdeñable la incertidumbre, les ha señalado el camino del conocimiento empírico.

El gran poeta y el gran músico, en sus momentos más inspirados, dejan de servirse de los instrumentos rudimentarios de la vista y el oído. Cortan las amarras de sus sentidos y se elevan, subidos a las poderosas e imperiosas alas del espíritu, mucho más allá de las cimas de nuestras colinas brumosas y nuestros valles oscurecidos, hacia la región de la luz, la de la música y del intelecto.

HELEN KELLER: *El mundo en el que vivo*, Girona, Atalanta, 2012, pp. 37, 53-54 y 65-69.